

La educación en debate

#19

Suplemento

unipe: UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA BUENOS AIRES

¿Quiénes son los jóvenes “ni-ni”?

por María del Carmen Feijoó y Leandro Bottinelli*

Efectismo, amenaza y golpe bajo constituyen el aura implícita que rodea la noción de “ni-ni”, esa denominación tan extendida que alude a los jóvenes que no trabajan ni estudian. El sociólogo francés Louis Wacquant invita a prestar atención al poder constitutivo que tienen los discursos sobre las realidades. La forma en que nombramos los problemas configura y da sentido a su interpretación, así como también impone límites a sus posibles transformaciones. La referencia parece oportuna para debatir esta categoría.

De un uso inicial algo críptico y para expertos, la expresión –que tanto encubre como limita– se ha generalizado y ahora es de uso común. En un sentido positivo, es un fanal para identificar y tematizar, de manera novedosa, un antiguo problema social. Como señalaron los politólogos Guillermo O’Donnell y Oscar Oszlak hace ya más de treinta años, el reconocimiento colectivo de un problema social es el paso que habilita la búsqueda de respuestas políticas.

En la Argentina, la discusión de los dos últimos años se ha centrado en la dimensión cuantitativa: cuántos jóvenes están incluidos en ese doble cruce. Por legítimo que resulte, ese interés dejó de lado la preocupación por el contenido del concepto y las diversas dimensiones del problema al que alude. En otros casos, el foco estuvo puesto en la comparación con las estadísticas internacionales. Así utilizado, el concepto resulta insatisfactorio tanto para pensar la cuestión juvenil como para establecer qué impactos tuvo en esa generación el ciclo de mejoras económicas y sociales de los últimos diez años.

En el reciente lanzamiento del Plan Progresar –que otorga 600 pesos a los jóvenes de 18 a 24 años desocupados o con empleos informales a cambio de que acrediten el curso de estudios– se evitó echar mano a esta etiqueta que muchas veces clausura más opciones de las que abre. Por el contrario, se hizo hincapié en una

acción de “respaldo a estudiantes” evitando cargar las tintas en lo que “no hacen” los jóvenes.

Atractivo ideológico

La denominación “ni-ni” ha resultado muy eficaz para señalar las dificultades que atraviesa una parte de la juventud para sostenerse en circuitos sociales valiosos. Sin embargo, la expresión también tiene derivaciones simbólicas respecto de temores e incertidumbres colectivas. Hay un rebote de significado del concepto “ni-ni” hacia la peligrosidad que significarían esos jóvenes para el resto de la sociedad. Se trata de un sentido que palpita cada vez que se utiliza el concepto, aunque no se lo explicita.

Las expresiones “ni-ni” y otras como “deserción escolar” o “crisis de la educación” son lo que se conoce como atractivos ideológicos. Se trata de conceptos que no permiten describir o explicar cabalmente una realidad, porque no están elaborados desde el trabajo científico o la reflexión sistemática y, por lo tanto, no se referencian en un marco conceptual capaz de ordenar la complejidad de la realidad.

Son, por el contrario, etiquetas, denominaciones instantáneas muy recurrentes, sustentadas sobre alguna evidencia empírica. Como no son capaces de explicar rigurosamente una problemática, pero son expresiones a través de las que una parte de la sociedad “se explica lo que pasa”, resulta necesario señalar sus limitaciones e intentar reconstruir el problema al que intentan aludir desde una perspectiva más completa y consistente. En el caso de los “ni-ni”, una dimensión es la escolarización, otra la inserción laboral, y otra, muy distinta a las anteriores, las preocupaciones o temores que despiertan los jóvenes en situación de pobreza.

Debajo de la etiqueta

La referencia a los jóvenes “ni-ni” trae implícita la suposición de que la pertenencia a ese universo es una decisión de carácter personal, fruto de la voluntad de los acto-

res. Es personal, sin duda, la decisión de dejar la escuela o no incorporarse al mercado de trabajo. Pero esta perspectiva omite que no hay decisión subjetiva que no se tome en el marco de las condiciones sociales en las que cada sujeto se inserta. El secretario de Educación mexicano y reconocido demógrafo Rodolfo Tuirán, en un trabajo sobre el caso de su país, señala que hay que tener en cuenta otras dos causas que escapan al control individual: el contexto macrosocial y la pertenencia

Existen evidencias, sobre todo para los sectores más pobres, de que es la escuela la que los abandona a ellos y no a la inversa.

a entornos familiares poco propicios. Si tenemos en cuenta esta perspectiva, más que de “ni-ni”, habría que hablar de jóvenes colocados en un proceso de doble privación y de doble exclusión, en el que toman decisiones limitadas por las alternativas que el contexto provee.

Por un lado, la doble exclusión compromete su presente y su futuro, y la doble privación –también al decir de Tuirán– les impone una dificultad para desarrollar un proyecto de vida, debilitando su autoestima en una fase formativa. Una visión dinámica de la racionalidad con que los jóvenes toman decisiones debe explorar también cómo funcionan las instituciones educativas y del mercado de trabajo pues existe bastante evidencia de que, sobre todo para los sectores más pobres, es la escuela la que los abandona a ellos y no a la inversa. Igualmente, sea cual sea su voluntad respecto del mundo laboral, ciertas regula-

ciones implícitas que existen en ese ámbito pueden dejarlos afuera por motivos poco transparentes. Por ejemplo, las empresas que discriminan a jóvenes tatuados o domiciliados en villas de emergencia. Es ese marco hostil el que produce a los “ni-ni”, y no los comportamientos de los chicos los que configuran el escenario. Cambia así la dirección de la causalidad.

También resulta necesario ahondar dentro de la categoría “ni ni” que, como toda la población en edad laboral, se divide en activos –cuando trabajan o buscan empleo (si lo buscan, pero no tienen, son desocupados)– e inactivos, cuando no tienen empleo pero tampoco lo demandan. En ambos casos, pueden estar estudiando o no. La noción de “ni-ni” oscurece la relación con el mundo del trabajo y opaca la pertenencia al sistema educativo. El híbrido que se constituye es resultante de analizar de manera binaria la relación entre dos variables cuya combinación arroja seis categorías distintas: las combinaciones de “ocupado, desocupado o inactivo” con “estudia o no estudia”. Estas categorías, a su vez, deben diferenciarse por género, pues la probabilidad de caer en una de ellas está fuertemente determinada por la pertenencia a un estrato social, y también por la condición de ser varón o mujer, en una sociedad que aún mantiene una fuerte división sexual de roles.

Por esta razón, es necesario revisar los supuestos que se les asignan a las dos categorías críticas, los desocupados que buscan trabajo y no estudian y los que son inactivos y no van a la escuela. En relación con los primeros, existe una discusión sobre si deben ser incluidos en la categoría “ni-ni”; investigadores del trabajo como Ernesto Kritz señalan que deben quedar afuera de esta caracterización porque, si bien son desocupados, son considerados activos por el hecho de buscar trabajo. Por otra parte, se da como implícito que unos y otros “no hacen nada”, y aquí es fundamental el análisis por sexo, ya que, especialmente para las mujeres, se incluye en ese “no hacer nada” la realización de buena parte del trabajo doméstico de sus hogares. Conectando aquí con una histórica reivindicación feminista, el cuadro cambiaría notablemente si la labor doméstica fuese reconocida como trabajo. En esa supuesta inacción de las mujeres, deben incluirse también sus actividades reproductivas: muchas son madres que se ocupan de la atención de sus hijos.

En la Argentina, el 15% de los niños que nacen anualmente son de madres de menos de 20 años, y el cómputo comienza en los casos prematuros a los 11 o 12 años. También hay una dimensión temporal del fenómeno en un doble sentido: es una →

→ condición transitoria en términos del ciclo de vida de cada uno de los sujetos y es una condición históricamente cambiante desde el punto de vista macro-social, ya que las políticas sociales tienen una enorme incidencia en los datos, como por ejemplo, la expansión del sistema educativo y el incremento de la obligatoriedad escolar. Señala Tuirán que para el caso de México, los jóvenes en situación de doble exclusión eran el 59% en 1960, mientras que esa proporción alcanza en la actualidad al 25%. A su vez, su peso puede disminuir o aumentar como parte de un doble fenómeno: por más oportunidades en el mercado laboral o por mayor inclusión en la escuela. Desde el punto de vista de la educación entendida como un derecho –sobre todo para los adolescentes de 15 a 18 años–, sólo sería deseable que su disminución fuera resultante del incremento de su participación en la escuela. Es decir, se trata de un número que puede mejorar pero no necesariamente por las buenas razones.

Una visión estática del proceso social desconoce también la heterogeneidad de experiencias previas que los jóvenes tienen en la categoría, ya que muchos de ellos entran y salen del mercado laboral, a veces como consecuencia de las crisis económicas y sociales y otras como resultado de la dificultad de acceder a empleos decentes y estables, en el marco de la persistencia del trabajo informal en la región.

En una reciente encuesta de la Organización Iberoamericana de la Juventud, hay información vinculada a la percepción de los jóvenes sobre las instituciones, dimensión que debe ser tenida en cuenta para el debate de las políticas para este problema. Para la tercera parte de los entrevistados, la escuela se encuentra severamente cuestionada, tendencia que se acentúa en el Cono Sur y Brasil. Si las opiniones sobre los docentes son controversiales, hay fuerte acuerdo sobre el mal desempeño de los directores de la institución en la que estudiaron. En relación con el trabajo, los jóvenes le asignan a la escuela un lugar privilegiado como vía hacia un buen empleo, mayor aún que el de los contactos sociales. Estas opiniones sugieren que hay todavía una gran labor pendiente para producir estrategias articuladoras de los mundos de la educación y el trabajo, superando falsos debates que muchas veces paralizaron este diálogo.

La información disponible

En los últimos años, los “ni-ni” volvieron a la agenda mediática nacional a partir del argumento de que había más jóvenes que no estudiaban ni trabajaban que en 2003. Como no existe un indicador sistematizado sobre esta categoría, la diferente forma de procesar y presentar los datos puede generar resultados muy diversos y títulos periodísticos antojadizos (a veces por negligencia, otras por mala intención).

La cantidad de “ni-ni” puede variar mucho de acuerdo al recorte de edades que se realice y según si se computa o no a los desocupados. Si se quiere enfatizar el problema puede decirse que son más de un millón, tomando un grupo amplio de edades: de 12 a 29 años. Si se considera sólo a los adolescentes de 12 a 17 años, la cifra se reduce drásticamente hasta 139.000.

Si se toma la Encuesta Permanente de Hogares (EPH), que se realiza trimestralmente en las 28 ciudades más pobladas, los jóvenes de 12 a 29 años suman 7,3 millones. Si se considera como “ni-ni” a aquellos que no estudian y no trabajan (incluyendo en este grupo a los desocupados), en la EPH se observa un descenso importante entre los trimestres extre-



Jean Metzinger, *Tête de jeune fille*, 1914 (Gentileza Christie's)

mos para los que se cuenta con información (tercer trimestre de 2003 y segundo de 2013). Hay en la actualidad, entonces, unos 159.000 que salieron de la categoría “ni-ni”, es decir, un 12% menos que en 2003. Pero lo más importante que se observa en la EPH entre 2003 y 2013 es la reducción de la desocupación juvenil. Los jóvenes de 12 a 29 años que estaban desocupados en el tercer trimestre de 2003 eran 904.000. En el segundo trimestre de 2013, esa cifra se había reducido a casi la mitad y la tasa de desocupación juvenil pasó del 26% al 15%.

La heterogeneidad que contiene la categoría “ni-ni” dificulta comprender la diversidad y complejidad del fenómeno. Por ejemplo, la reducción estadística señalada fue mayor entre los jóvenes de más

edad: 20% en la franja entre 24 y 29 años, 7% en la de 18 y 23, y 4% en la de 12 y 17. En este análisis, además, están incluidos los desocupados, pasando por alto que en esta categoría se incluye a quien busca activamente trabajo y que en el último mes envió currículums o asistió a entrevistas laborales, por lo que la situación de desempleo no es una elección personal.

El análisis por sexo, a su vez, evidencia las mayores diferencias, ya que entre los varones el descenso llega al 20%, mientras que entre las mujeres es del 7%. Estas amplias diferencias quedan sin explicación ante la pobreza analítica del concepto “ni-ni”, que oculta que buena parte de las mujeres jóvenes que no estudian ni trabajan se dedican al cuidado de sus hijos, fenómeno que no es impactado por las mejoras económicas de un período.

En cuanto a la asistencia escolar, los valores evidencian también una mejora general. En el grupo de edad juvenil asociado a la asistencia obligatoria (12 a 17 años), se registra una reducción del 10%: de 194.000 a 174.000. Dentro de este grupo de población, en los aglomerados urbanos, la tasa de escolarización se encuentra ya en el 93%. En el resto de los grupos de edad, el crecimiento de escolarización ha sido muy moderado, con incrementos en las tasas de sólo un punto porcentual.

Una nueva etapa

La reducción de jóvenes que no estudian ni trabajan en la última década es visible, aunque moderada. Esta realidad se explica, en parte, por las limitaciones de la categoría “ni-ni”. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que el total de jóvenes en

2003 era de 7,3 millones, mientras que los desocupados eran 900.000, es decir, 13% del total. Pero la tasa de desempleo juvenil, también en el 2003, era muy superior a esta cifra –rondaba el orden del 25%–, ya que no se estima sobre el total de jóvenes, sino sólo sobre los activos, que son menos de la mitad del total. Por eso, la importante incorporación de jóvenes al empleo que se produjo en todo el período (cerca de medio millón en las grandes ciudades) impactó visiblemente en el indicador que se utiliza para medir la desocupación, pero mucho menos en el porcentaje de jóvenes “ni-ni”, que tiene en cuenta al total de los jóvenes y no sólo a los activos.

Por otra parte, un tercio de los jóvenes que se encontraban desocupados en 2003 no eran “ni-ni” ya que estaban estudiando. De este modo, quienes estaban en esta situación y consiguieron trabajo en el período no contribuyeron a que descendiera el porcentaje de jóvenes “ni-ni” porque no estaban incluidos en esa categoría en la medición inicial. Por ese motivo es que la mejora que se observó en la incorporación al trabajo de muchos jóvenes queda parcialmente invisibilizada cuando sólo se analiza la cantidad o el porcentaje de jóvenes “ni-ni”. Pero además, el descenso registrado resulta insatisfactorio si se tienen en cuenta la dimensión del crecimiento económico y las mejoras de los indicadores sociales en la última década. Por otra parte, sigue siendo pobre la calidad de los empleos a los que acceden los jóvenes, un aspecto sobre el que nada dice la categoría “ni-ni”.

Los niveles de escolarización, en particular en los adolescentes, son ya altos desde hace varios años. Quedan por escolarizar aquellos que viven en contextos más complejos, desafío que debe ser abordado a través de formatos escolares y propuestas pedagógicas cada vez más específicas. La finalización de la escuela secundaria –más allá del acceso al nivel– es otro aspecto sobre el que se registraron mejoras moderadas que obligan a replantear estrategias en este sentido.

Más allá de los datos, es insatisfactorio el debate sobre los problemas y la realidad de los jóvenes en los estrechos y estigmatizadores marcos que impone la categoría “ni-ni”. La cuestión tiene una complejidad que no logra capturar el cruce superficial de dos variables importantes. Como señala la investigadora del Conicet Carina Kaplan en su trabajo *Imágenes y discursos sobre los jóvenes*, en todas las épocas los jóvenes necesitan al menos cuatro cosas: tener una perspectiva de futuro, referenciarse en un grupo de pertenencia, tener un ideal que dé sentido a la vida y gozar de estima social. En una etapa de la historia argentina en que los pisos de algunas discusiones económicas y sociales se han elevado, no está mal enriquecer también el debate respecto de los jóvenes.

Iniciativas como la Asignación Universal por Hijo o el plan Progresar son positivas *per se*, en tanto implican transferencias de ingresos a hogares de bajos recursos. Pero para que estas iniciativas transformen la realidad de los jóvenes a la que se alude con frecuencia con la etiqueta “ni-ni”, son necesarias intervenciones múltiples, que aborden el problema en función de sus nichos específicos de constitución y reproducción: recuperar la finalización de ciclos escolares; incorporar al sistema educativo a los que están afuera; diseñar capacitaciones laborales que recuperen los saberes aprendidos en diversas prácticas laborales; generar políticas efectivas de salud sexual y reproductiva. No hay una bala de plata que resuelva el problema. ■

*Investigadores de la UNIFE.

Mandatos

“El caso de los estudiantes padres es más complicado que el de las madres. Las adolescentes muchas veces son castigadas por la familia pero, en general, cuando hablamos con la mamá o la abuela que está a cargo logramos que vuelva a la escuela. Al varón, en cambio, la sociedad le impone una responsabilidad: tuviste un hijo y tenés que laburar. No queda otra. Y, encima, a veces no resulta fácil conseguir trabajo.” (Mariela Larrayoz, profesora de Educación Física y referente del Programa de Retención escolar de alumnas/os madres/padres y embarazadas en la E.E.M. N° 2 de Mataderos y en la E.E.M. N° 1 de Liniers)

**JULIÁN DOMÍNGUEZ,
PRESIDENTE DE LA CÁMARA
DE DIPUTADOS**

Generar los sí-sí

Julián Domínguez, presidente de la Cámara de Diputados, anuncia en esta entrevista la elaboración de un proyecto de ley integral para abordar la problemática de los jóvenes que no estudian ni trabajan. Espera que en el primer semestre del 2014 los diputados puedan tratarlo en el recinto.

¿Por qué hay un sector de jóvenes que no estudia ni trabaja?

Los jóvenes de entre 15 y 24 años fuera del ambiente educativo y del mercado digno de trabajo constituyen una resultante de factores estructurales con expresiones económicas, sociales e incluso de orden cultural. Pretender una simplificación causal de esta realidad conduce a un diagnóstico de riesgosa parcialidad y genera conceptualizaciones estigmatizantes y discriminatorias hacia ese sector. A su vez, la compleja multicausalidad no puede constituirse en una barrera para ingresar en la problemática y para proponer innovadoras respuestas, en armonía con el rumbo inclusivo del proyecto nacional y popular inaugurado en el 2003.

¿La responsabilidad de la exclusión es del Estado, de la escuela, de las empresas o de las familias?

Me detengo en la responsabilidad del Estado. ¿Qué factores de la política pública incidieron para que los jóvenes que no estudian ni trabajan hayan descendido, según UNICEF, del 22,9% desde el 2003 hasta el 18,7% en 2012? No podemos dejar de señalar la legislación del ámbito educativo, definiendo la secundaria como obligatoria y fijando el piso de la inversión para el sector en el 6% del PBI. Tampoco la directa incidencia de la Asignación Universal por Hijo en los hogares más pobres, así como los tres millones de nuevos empleos junto a los múltiples programas de desarrollo social y trabajo en el orden nacional, provincial o municipal. No obstante, los 850.000 jóvenes –sobre todo mujeres– que permanecen en este universo nos renuevan el compromiso.

¿Qué proyectos existen en la Cámara de Diputados para atender a los jóvenes que no estudian ni trabajan?

Se ha convocado a representantes calificados y comprometidos con la temática para avanzar en un proyecto de ley que profundice el compromiso del Estado, incluyendo los aportes de las organizaciones sociales, las iglesias, los trabajadores organizados, los empresarios. La intención es estructurar un sistema integrado, dinámico, motivador, con especial énfasis en lo local y comunitario, con ofertas interdisciplinarias y nuevas oportunidades para completar estudios y creando, asimismo, condiciones para una mayor incorporación al mercado registrado de trabajo. Esta iniciativa, como política de

Estado, se fortalece con el anuncio realizado por Cristina Fernández de Kirchner del Programa Progresar, al cual nuestro proyecto procura brindarle mayores soportes legislativos. Confiamos en que el primer semestre del 2014 podamos presentar el proyecto. Estoy convencido de que es posible transformar la mal llamada “generación ni-ni” en “sí-sí”: sí al acceso, permanencia y finalización del nivel secundario, garantizando una efectiva universalidad.

¿Por qué la caracterización del problema lleva dos décadas y las políticas no hicieron desaparecer el tema de la agenda pública?

Por los efectos devastadores del neoliberalismo, inspirado en los años noventa en el Consenso de Washington. En parte, este dato explica por qué este problema tiene una extensión latinoamericana. La mayoría de los gobiernos democráticos y progresistas de la región lo han asumido de un modo u otro en sus respectivos programas de gobierno.

¿Cree que es adecuada la denominación “ni-ni”?

Esta denominación, asumida como una categoría sociológica, resulta negativa. Tiene una carga peyorativa, y a su vez se incorpora al lenguaje corriente con cierta frivolidad. Hasta parecería congelar y unificar una situación que por cierto es dinámica y diversificada. También es probable que la denominación no contribuya a efectuar otro tipo de análisis, como por ejemplo el enfoque de género, las causas del abandono escolar secundario, la utilización de algunos de estos jóvenes para conductas ilícitas, el comportamiento en la oferta de trabajo no registrado, entre otros.

¿La caracterización de “ni-ni” refuerza la estigmatización de los jóvenes como grupo socialmente peligroso?

Lo peligroso en estos jóvenes es el daño que les provoca la exclusión social y es nuestro deber reencontrarlos con sus derechos a una plena inclusión socio-educativa-laboral. Podemos posicionarnos en este momento histórico con especial énfasis en los jóvenes por los profundos avances que se han producido en la progresiva reducción de la mortalidad infantil, en la cobertura plena de la matrícula escolar primaria, en la incorporación tecnológica y en un mayor reconocimiento de los niños como sujetos activos de derechos. Uno de los aspectos clave de ampliar y profundizar la respuesta para los jóvenes de los cuales nos estamos ocupando es la de continuar las transformaciones educativas que invariablemente deben tener a los propios docentes como protagonistas activos. ■

“Mamá no quiso”

“Dejé el colegio porque me había quedado embarazada. Igual, justo me habían dejado libre por las faltas. Llegaba siempre tarde porque se me pasaba el colectivo, no es que faltaba. De ese colegio no me gustaba nada. Cuando me enteré de mi embarazo pensé en seguir estudiando, pero en ese momento mi mamá no quiso. Cuando tenga al bebé voy a retomar los estudios, capaz que vaya a la noche. Los colegios tendrían que tener un lugar para que te cuiden al bebé. Y una vez que termine el colegio voy a trabajar.” (Patricia Ruiz Díaz, 16 años, barrio de Boedo, Ciudad de Buenos Aires)

CLAUDIA BRACCHI, DIRECTORA DE EDUCACIÓN SECUNDARIA DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

“Los nombro desde sus potencialidades”

por Diego Herrera*

Claudia Bracchi es clara: “Yo no nombro a los jóvenes desde sus carencias, los nombro desde sus potencialidades”. La directora bonaerense de Educación Secundaria sienta su posición sobre la categoría de jóvenes que los medios de comunicación dieron en llamar “ni-ni”: ni estudian ni trabajan. Prefiere hacer hincapié en la importancia de las políticas públicas para mejorar los índices de acceso, permanencia y terminalidad en la escuela media.

¿Por qué cuestiona la utilización de la categoría “ni-ni”?

Es una categoría que se instaló mucho en el sentido común. Me parece importante dar la discusión, porque hace referencia a lo que los jóvenes no hacen y deja de lado lo que sí hacen. En realidad, a esos “ni-ni” se los analiza desde el punto de vista laboral y allí entran aquellos que no tienen trabajo, pero también aquellos que no lo tienen pero lo están buscando. Y esto no se explicita. Cuando en los medios de comunicación se ven ciertas referencias, hay una dimensión de prejuicio importante.

¿Es una categoría que estigmatiza?

Muchos de estos jóvenes tal vez no trabajan dentro del mercado formal, pero hacen tareas en sus casas o cuidan a sus hermanos porque los padres están trabajando. Esta es una forma de ayudar al sostenimiento familiar. En ese grupo de “ni-ni” entrarían todas estas trayectorias. Se construye una imagen estereotipada vinculada a una juventud que se presenta como violenta o peligrosa. En realidad, lo que uno tendría que ver es qué cosas le falta generar todavía al Estado para que estos jóvenes tengan una inclusión real y estén integrados socialmente.

¿En qué aspectos el Estado ha avanzado para incluir a este grupo?

Las distintas políticas que se están implementando tienen como objetivo generar condiciones para que todos puedan ir a la escuela secundaria. Han ingresado jóvenes que antes no iban a la secundaria y esto tiene que ver con políticas activas de un Estado que está presente. Que haya oferta de educación secundaria donde antes no había genera condiciones para que aquellos jóvenes que abandonaban tempranamente el sistema educativo ahora estén adentro. También son importantes las políticas de inclusión activa. La escuela secundaria tiene una matriz selectiva desde su propia constitución, pero se están tratando de generar otras matrices para que la escuela posibilite otras trayectorias de vida y, por ende, otras trayectorias educativas.

¿Por ejemplo?

Me refiero, por ejemplo, a la incorporación de salas maternas en escuelas secundarias para que aquellas chicas o chicos que son mamás o papás tempranamente no dejen la escuela. Son esos espacios puente que el Estado, como responsable de garantizar la obligatoriedad, tiene que desarrollar para acompañar las trayectorias vitales de los jóvenes. La escuela es la que tiene que ir modificando su organización institucional y curricular para acompañar este proceso.

¿Cuáles son los principales motivos de deserción?

En muchos casos surgen problemas cuando los chicos se insertan tempranamente en el mundo del trabajo. Una de las tareas que tenemos no es sólo cómo generamos condiciones para el ingreso a la escuela secundaria, sino también cómo trabajamos para que aquellos que ingresan se queden y terminen la escuela. Esto, de a poco, está cambiando; hay más chicos que están completando su escolaridad.

¿Existe un círculo vicioso por el cual hay jóvenes que dejan la escuela para trabajar y, al mismo tiempo, la falta de título no les permite conseguir trabajo de calidad?

Muchas trayectorias a veces son interrumpidas, y es el propio mundo del trabajo el que luego les demanda a los jóvenes mayor calificación. Los chicos vuelven al sistema educativo porque entienden que el título les va a generar mejores condiciones para acceder a un trabajo no precario.

¿Qué cuestiones faltan resolver?

La secundaria va cambiando lentamente. Quienes piensan que va a cambiar de un día para otro se sostienen sobre un pensamiento mágico. Sabemos que hay muchos que todavía están fuera del sistema y el Estado tiene que generar condiciones para que ingresen y permanezcan. Por eso es necesario volver sobre las representaciones que tenemos sobre estos jóvenes. ¿Vamos a considerar de antemano que ellos no hacen otras actividades? La mirada tiene que ser mucho más amplia y nosotros reconocemos que hay distintas trayectorias vitales de los jóvenes y que el Estado tiene que crear condiciones para que puedan incorporarse al sistema educativo. La escuela tiene que estar preparada para trayectorias que son diversas, heterogéneas y contingentes. También es un cambio cultural. ■

*Licenciado en Ciencias de la Comunicación (UBA) y docente; colabora con el equipo editorial de UNICEF.

NÉSTOR LÓPEZ, SOCIÓLOGO

Un universo heterogéneo

El sociólogo Néstor López es coordinador de programas del Instituto Internacional de Planeamiento de la Educación de la UNESCO. Publicó varios trabajos sobre la educación secundaria en contextos desfavorecidos. Aquí habla sobre los jóvenes mediáticamente llamados “ni-ni”.

¿Qué valoraciones encierra la categoría “ni-ni”?

Es llamativo que algo se defina por lo que no es. Salvo que se tenga un nivel de frustración muy grande, uno mismo se define por lo que es. El título “ni-ni” expresa la posición del investigador, del decisor de políticas, de la persona que está mirando el fenómeno desde afuera, y pone en evidencia una expectativa: los adolescentes o jóvenes tienen que estudiar o trabajar. Detrás de esa categoría hay un componente normativo fuerte. Pero, además, ese universo es extremadamente heterogéneo y una categoría que engloba situaciones tan diversas pierde legitimidad.

¿Qué situaciones se incluyen bajo esta denominación?

En América Latina, alrededor del 80% de los “ni-ni” son mujeres que están realizando tareas domésticas o de cuidado en el hogar. Después hay otro grupo en situaciones de extrema exclusión, pero también sectores medios. Hasta uno podría decir que existen los “ni-ni” de clase alta, o sea, los chicos que se permiten un tiempo de no hacer nada para disfrutar de la vida. Se habla de los “ni-ni” como de un grupo peligroso, en riesgo, cuando en realidad la gran mayoría son mujeres que están en la casa. De esa manera se está invisibilizando a la gran mayoría que forma parte de ese grupo.

¿La labor doméstica debe considerarse trabajo?

Hay una reivindicación de la tarea doméstica como un trabajo que debe ser valorado como tal por el apor-

te que hace al funcionamiento de la sociedad y de la economía. Lo que es importante destacar tiene que ver con qué proyecto de vida se articula alrededor de ese tipo de trabajo. ¿Es el espacio privado el lugar de construcción de un proyecto de vida deseable? Es una discusión compleja. Uno en principio siente que no, que allí hay un gesto de resignación, de renuncia a la construcción de un proyecto de vida que tenga que ver con la proyección pública.

¿Es habitual que quien debe dejar la escuela para trabajar tampoco pueda ingresar al mercado laboral?

Difícilmente alguien que no tenga un título secundario consiga un trabajo. Uno se pregunta: ¿por qué tengo que tener un título secundario para ser repositor de alimentos en un supermercado? Algunos plantean que poner las latas de tomate en la góndola no requiere ninguna destreza, pero ser parte del entramado de relaciones que implica trabajar en un hipermercado tal vez sí la requiere. Cuando hay un nivel de desocupación relativamente alto entre los jóvenes, existe la opción de elegir y se ponen criterios que terminan excluyendo a todo un sector que no cumple con esos requisitos.

¿La categoría “ni-ni” es estigmatizante?

En los países donde más se está utilizando (México y América Central) los niveles de violencia son más altos y el fenómeno “ni-ni” aparece como el semillero de los futuros partícipes del mundo del delito organizado. En esos países, el concepto proviene de una preocupación que tiene que ver más con la agenda de seguridad que con la agenda de derechos humanos. En lugar de ser vistos como chicos en riesgo, la sociedad estaría en riesgo frente a estos chicos, serían peligrosos. ■

D.H.

GUILLERMO SALDAÑO, PROFESOR DEL BACHILLERATO POPULAR LA ESPERANZA

“Si no vienen, vamos a buscarlos”

El bachillerato popular La Esperanza funciona en el barrio Libertador –Partido de San Martín– desde 2010, cuando algunos de sus actuales docentes detectaron que la mayoría de los vecinos no había terminado la escuela secundaria. “Es un barrio nuevo, con asentamientos que tienen de diez a quince años. Hay mucha gente del interior y bastante población paraguaya”, explica Guillermo Saldaño, profesor de Comunicación en “el bachi”, como lo llaman en la zona.

Según el docente, los bachilleratos populares han desarrollado estrategias novedosas para sostener la escolaridad de sus estudiantes: “En la educación formal se da algún llamado telefónico, pero es más bien excepcional. Acá, cuando un chico no viene dos clases, vamos a buscarlo”. Y agrega: “En general no es que vuelven a cursar los cinco días pero meten algún cuatrimestre”. Además se ofrece otro tipo de actividades: “Una o dos veces por mes se arma algún festival, se han organizado campeonatos de truco, teatro, un montón de cosas. Entonces hay herramientas de contención más allá del aula, se busca trascenderla”.

En 2012, el bachillerato consiguió que le cedieran una fábrica de bicicletas abandonada para construir un nuevo edificio. “Los estudiantes –sostiene Saldaño– arrancaron mirando, yendo a ayudar, y de repente nos encontramos con que se pusieron al frente de la construcción y somos nosotros los que estamos acompañando. Se da una unión más allá del aula. Muchos días se quedan después de las nueve y cenan con nosotros en el lugar.”

Desde su experiencia en la institución, Saldaño puede delinear el perfil de muchos de sus estudiantes: “Por algún motivo –trabajo, mudanza, problemas familiares–, la trayectoria escolar de estos chicos se vio cortada, y cuando intentan retomar, repiten y vuelven a largar. Acá la lógica de cursada es más flexible y eso les permite sostenerla”. Con orgullo, el profesor advierte que, poco a poco, la escuela formal toma algunas de las estrategias de este tipo de bachilleratos.

Saldaño se sorprende de lo arraigado que se encuentran los prejuicios sociales sobre los jóvenes, aun dentro del mismo bachillerato en que enseña. “El año pasado, con la aprobación del voto a los 16 años –ejemplifica–, salió una nota en *Clarín* sobre los chicos llamados ‘ni-ni’ que decía: ‘Éstos son los que van a votar’. La leímos en el bachi y lo loco era que, si bien muchos pibes están sin laburo y sostienen la escolaridad de manera dificultosa, tomaban la postura del diario: ‘Estos pibes no hacen nada y encima votan’.” ■

D.H.

Explotación y embarazo

“Me quedé en el quinto año del Secundario. Repetí y me dio cosa volver. Iba a la escuela Manuel Belgrano, de Moreno. Estaba bien, era libre, no tenía que usar uniforme. Nos vestíamos como nos gustaba, por eso me anoté ahí. Pero igual era estricta, no hacías lo que querías. Después trabajé en varios locales de Moreno. Pero me iba porque no pagaban bien, me tenían en negro y me explotaban mucho. El último lo dejé porque quedé embarazada y como trabajaba todo el día llegaba a mi casa muy tarde y cansada. Quería cuidar el embarazo. Ahora estoy todo el día aburrída, tengo ganas de conseguir un empleo. Me gustaría tener algo por hora, en limpieza o cuidando chicos, hasta que mi bebé cumpla un año, un año y medio. Después sí quiero un trabajo para todo el día. Yo no trabajo ni estudio y no soy vaga, tampoco violenta. Es una estupidez que opinen eso. Para mí no saben lo que están diciendo. Es muy ridículo, no le doy bola.” (Natalia Reynoso, 21 años, vive en Moreno con su madre, su padre, ocho hermanos y su hija de ocho meses)

La Universidad Pedagógica (UNIFE), pública y gratuita, se propone potenciar la formación de docentes, directivos y funcionarios del sistema educativo desde una perspectiva de excelencia académica y de investigación.

OFERTA ACADÉMICA 2014

Licenciatura en Enseñanza de la Matemática para la Educación Primaria
DIRECTORA: Dra. Patricia Sadovsky **Ablerta la Inscripción**

Licenciatura en Enseñanza de Prácticas de Lectura y Escritura para la educación primaria
DIRECTORA: Dra. Carolina Cuesta

SEDES DE CURSADA: La Plata, Pilar, Almirante Brown

Más info: ingreso@ba.unife.edu.ar / www.unife.edu.ar

UNIFE móvil

UNIVERSIDAD PEDAGÓGICA BUENOS AIRES
Comunidad de aprendizaje

Staff

UNIFE:
Universidad Pedagógica

Rector
Adrián Cannellotto
Vicerrector
Daniel Malcolm

Editorial Universitaria
Directora editorial
María Teresa D' Meza
Editor de La educación en debate
Diego Rosemberg
Redactor
Diego Herrera